

ejemplo, esta toma de posesión á mano armada de un país amigo cuyos invasores se presentaban con palabras de paz y de fraternidad, el descontento público, antes contenido por la incertidumbre, después por la sorpresa y la ignorancia de los sucesos, estallaba con una violencia proporcionada al largo estupor que le había precedido.

El pueblo español que nunca ha querido á los extranjeros, se indignaba en presencia de esas legiones desconocidas que ocupaban su territorio bajo

pretexto de hacerle respetar; pero como todavía no sospechaba nada de su verdadero objeto, acogía á los soldados franceses no sólo sin desconfianza, sino algunas veces con una atención que llegaba hasta el entusiasmo. Su odio y su cólera lo reservaba exclusivamente para la persona del favorito quien, según la opinión popular, atraía á los franceses en España para convertirlos en instrumentos de su ambición personal.

Daba á estas suposiciones verosimilitud lo que se



MARISCAL BESSIERES

había dicho al empezar la invasión por el improvisador Godoy, á fin de escapar á los reproches que se le podían dirigir y tranquilizar el espíritu público, esto es que la entrada de las tropas francesas era el resultado de su plan concertado entre Napoleon y el rey. Esta explicación de un hombre apurado se tomó al pié de la letra, y ahora se volvía contra él, haciéndole responsable de todo lo que iba sucediendo: así se le prestaban los más negros planes contra su unión, contra el heredero del trono, y contra la nación misma. Al mismo tiempo, por una inconsecuencia familiar en las opiniones de la muchedumbre, complaciase en interpretar contra él los testimonios de pública simpatía dadas por Beauharnais al príncipe de Asturias; y en alta voz se pronosticaba que esta intervención provocada por el favorito se volvería contra él y le haría víctima; veía ya á

Napoleon extendiendo su mano protectora sobre la cabeza de Fernando para colocar en su cabeza la corona de España que volvería á tener su antiguo esplendor gracias á su íntima alianza con el poderoso emperador.

Pero en estos momentos principió á propagarse por las calles de Madrid el rumor de la próxima salida de la corte. Encontrábase á la sazón en Aranjuez, y en efecto se disponía á ganar cuanto antes la Andalucía. En presencia de la marcha de los franceses, de las demostraciones ora equívocas, ora amenazadoras de Napoleon, y de la negativa obstinada de Murat en dar explicación alguna, Godoy había acabado por comprenderlo todo. Gracias al apoyo de la reina, había podido decidir al rey á partir para Sevilla, plaza que, por su posición atrincherada detrás de un río y de una cadena de montañas, la ponía

fuera de toda sorpresa, y en donde además se estaba próximo al mar. Hicieronse, pues, venir fuerzas á Aranjuez, y se dió orden al ejército de Portugal de retirarse á Andalucía; en fin, se principiaron los preparativos del viaje con el más profundo secreto. Mas la familia real tenía cerca de ella un vigilante denunciador en la persona del príncipe de Asturias, quien, engañado siempre por Beauharnais, no veía en los franceses más que libertadores armados para su defensa, y por consiguiente miraba la salida de

la reina como la ruína de sus esperanzas. Divulgado el proyecto por él y por los ministros, á quienes se creyó que se debía comunicar en el último momento, conocióse muy pronto en Madrid. La emoción fué extraordinaria. Vióse ya una nueva edición de las escenas de Lisboa, urdida y manejada por el favorito. El rey, en vista de esta excitación siempre creciente, se esforzó en desmentir el rumor por medio de una alocución, pero con esto no logró restablecer la confianza pública. Una multitud incrédula é



GENERAL VERDIER



ignorante, compuesta de hombres de todas clases, salió de Madrid y de los alrededores para Aranjuez á fin de vigilar por sí misma el palacio real, y en caso de necesidad para impedir que la corte realizara sus designios. Este espíritu de desconfianza y de insurrección no tardó en apoderarse de los mismos soldados que entraban por una mitad en esto de vigilar al rey y á su favorito.

Cuando así llegan las cosas, el más ligero incidente basta para ponerlo todo en fuego. La noche del 17 de Marzo, entre once y doce de la noche, una dama tapada con gran misterio y escoltada con guardias de honor salía de la casa del príncipe de la Paz. Interviene una patrulla que andaba por allí alerta, é insiste por descubrir el rostro de la tapada, y en el altercado se dispara un fusil por una mano desconocida. Como si esto hubiese sido una señal se presentó en un momento una multitud furiosa. Pone

síto á la casa de Godoy, destroza las puertas, derriba la guardia, y penetra en el interior profiriendo gritos de venganza y de muerte. No encuentra el objeto de su odio, y se detuvo respetuosa ante la princesa de la Paz á quien consideraba como su víctima. Pero luego se enardece y su cólera estalla en los muebles, cuadros y obras de arte que en un instante son lacerados, pulverizados y destruidos. Esto hecho se retiró sin intentar nada contra la corte, pero organizó una vigilancia más estrecha que nunca.

En estos momentos de gran ansiedad el rey no tiene más que un pensamiento, salvar al hombre á quien llama su amigo, á fin de agriar al pueblo destituye á Godoy de todas sus dignidades y funciones, y á la vez destituye á su hermano Diego de la comandancia de la guardia real. El 18 de Marzo pasó tranquilamente. Se creía que Godoy estaba en

salvo y se esperaba que todo habría terminado, cuando el 19 á las diez de la mañana estalla un tumulto espantoso al rededor de la casa del favorito. Se ha difundido el rumor de haber sido descubierto y arrestado, y la multitud pide á grandes voces que se lo entreguen para despedazarlo. Godoy, en efecto, aparece pálido y cubierto de sangre, protegido á duras penas por los guardias de Corps que con sus caballos levantan una muralla delante de él sin que por esto pueda librarse de los golpes que se le dirigen de todos lados. De esta manera consiguieron llevarle á su cuartel después de haberle arrancado al furor popular que le perseguía con sus maldiciones... Como no estaba seguro en el cuartel de los guardias de Corps, el rey siempre inquieto por él, envió para calmar los espíritus y tranquilizar al prisionero, á su hijo Fernando, el ídolo de la multitud....

Pero.... al aparecer un coche arrastrado por seis caballos para llevarse al favorito que el rey quería á toda costa alejar de Aranjuez, recomenzó el tumulto con más violencia que nunca. La multitud se precipitó sobre el carruaje, cortó los tiros, hizo pedazos el coche y puso en fuga á los cocheros. Al saber esto el rey Carlos IV, fatigado de esta larga lucha, espantado de una impopularidad que subía hasta la corona, y que recordaba las escenas más trágicas de la Revolución francesa, manifestó la intención de abdicar en favor de su hijo.

La reina que sólo estaba preocupada del peligro que corría Godoy, abrazó con ardor esta última tabla de salvación, y entre los asistentes nadie intentó hacer desistir al rey. Se redactó sobre la marcha la acta de abdicación, y sobre las siete de la tarde se publica en Aranjuez. El pueblo lo acoge con gran júbilo y de esta manera es acogido por la misma noche en Madrid. Al día siguiente se proclamó á Fernando VII en medio de un verdadero delirio, en el que el odio contra el derribado favorito tenía tanta parte como el entusiasmo por el nuevo soberano....

Mientras ese pueblo se aturdió de esta suerte con sus propios gritos y aplaudía los aprestos de ese reinado efímero, Murat bajaba sin hacer ruido las pendientes del Guadarrama. Ya no estaba más que á una marcha de Madrid. La revolución que acababa de cumplirse en Aranjuez le ponía en presencia de una situación profundamente modificada. De una parte el proyecto de fuga, sobre el que se había especulado tanto, no se realizaba; de otra, se encontraba en frente de una monarquía joven y popular en vez de una monarquía vieja, bamboleante y usada. Ese caso, muy inverosímil en un tal país, no había sido

previsto por Napoleon. Estaba tan convencido de la fuga de la corte de España que había acabado ya por darla como un hecho cumplido. Estaba tan bien informado por sus agentes que la esperaba para el momento mismo en que debía realizarse, pero aún esperaba con más curiosidad la noticia del efecto que la marcha de la corte hubiese causado en Madrid. Así escribía el 23 de Marzo á Murat.—«Supongo que habéis recibido noticias de todo lo que habrá pasado en Madrid durante los días 17 y 18 de Marzo.» La crisis, en efecto, había principiado en estos días, pero se había resuelto de una manera inesperada.

Murat se encontraba á las puertas de Madrid cuando recibió de la reina de Etruria, á quien había conocido en Italia, y que se había refugiado al lado de sus padres después de haber sido arrojada de sus Estados por Napoleon, un mensaje en el que imploraba su piedad en favor de los soberanos destronados y del príncipe de la Paz. La reina, después de recordar á Murat los lazos de amistad que le unían con Godoy, le suplicaba que extendiese sobre él su potente protección y que fuese á Aranjuez á ver al rey. Murat no acudió, pero envió allí á su ayudante Monthion. Vió este oficial á los soberanos caídos, y fué testigo de su dolor, de su espanto y de sus angustias por la suerte de Godoy, y de sus implacables rencores contra el hijo á quien acusaban de todos los males. Monthion, regresó, portador de una carta de la reina de España para Murat, llena de las más humildes súplicas: él y el emperador, le decía, eran su única salvación. Hacía luego un llamamiento á su amistad y á sus sentimientos humanitarios. El príncipe de la Paz no había sido perseguido con tanta crueldad sino en razón de su adhesión á Francia y al emperador. Ella no quería sino acabar tranquilamente sus días en un país que conviniera á la salud del rey, lo mismo que á la suya, con el rey y con su único amigo que era también el de Murat;—22 de Marzo.

Murat, al recibir esas noticias de su ayudante de campo, concibió inmediatamente la idea de utilizar su autoridad todo poderosa para desempeñar el papel de protector, para obtener del rey una protesta contra su abdicación.... Monthion regresó á Aranjuez con tal objeto el 23 de Marzo y al volver al lado de Murat llevó una protesta firmada el 21 en la cual el rey declaraba no haber abdicado la corona «más que para evitar mayores daños é impedir la efusión de sangre de sus súbditos, por lo

que daba su acto por nulo y de ningún efecto.» Armado con esta arma que quiso tener secreta hasta saber lo que Napoleon hubiese decidido lo que debía hacerse de ella, resolvió no reconocer á Fernando hasta que para ello no recibiera orden; como se ve Murat no se comprometía con nadie, dejaba las cosas en pié y reservaba con suma habilidad la libertad de acción del emperador....

En medio de las pasiones ardientes que agitaban al pueblo español, había poco puesto para la previsión y la reflexión. Así, cuando Murat entró en Madrid el 23 de Marzo, todo el mundo consideró esto como un nuevo motivo de fuerza para el nuevo reinado.

Murat hizo distribuir profusamente una alocución en la cual denunciaba á la indignación pública aquellos que procuraran excitar una «injusta y ridícula desconfianza» contra el ejército francés. La gran mayoría creyó su palabra. Nadie ignoraba que Beauharnais era desde hacía mucho tiempo el consejero y el partidario decidido del príncipe de Asturias; el emperador estaba, pues, por el príncipe, estaba impaciente por casarle con una de sus parientes, y las tropas francesas no podían hacer otra cosa más que consolidar el trono de Fernando. El público no se fijó muy mucho en las cosas, y los soldados franceses fueron recibidos con los brazos abiertos por los habitantes de Madrid. Al día siguiente asistieron á la entrada de Fernando en su capital. Esta recepción dió lugar á tales convulsiones de alegría y de amor, que uno se sorprende al ver que Murat, á pesar de su ligereza, no se sintiera impresionado como les sucedió á otros observadores por la energía salvaje que se manifestaba en los transportes del pueblo.

Por este tiempo exigía la correspondencia entre París y Madrid un minimum de seis á siete días. Napoleon, pues, no recibió hasta el día 27 de Marzo el despacho en que Murat le detallaba los sucesos que se habían realizado del 18 al 20 de Marzo, es decir, la revolución de Aranjuez, la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV. En cuanto á la protesta no la conoció hasta el 30 de Marzo, pues Murat no la tuvo en su poder hasta el 23 y las probabilidades están porque no la enviara hasta el 24. Pero Napoleon antes de haber tenido conocimiento para él de un acto tan importante, trazó, bajo la influencia del primer movimiento, á Murat una línea de conducta cuyo sentido era la aprobación anticipada de todo lo que había hecho. «Recibí vuestra carta del 20, le decía con fecha 27 de Marzo».... «Debéis impedir que no se haga daño alguno al

rey, ni á la reina, ni al príncipe de la Paz.... Hasta tanto que no reconozca al nuevo rey, debéis hacer como si el antiguo rey continuara reinando; para esto esperad mis órdenes»....

En este mismo día 27 escribía Napoleon á su hermano Luís, rey de Holanda:.... «He resuelto poner un príncipe francés en el trono de Nápoles. El clima de Holanda no os conviene. Por otra parte Holanda no podrá levantarse jamás de sus ruinas... Respondedme categóricamente. ¿Aceptaréis si os nombro rey de España, puedo contar con vos? No enteréis á nadie de lo que os digo y no habléis á quien quiera que sea del objeto de esta carta, pues es preciso que una cosa se haya hecho para que se confiese haber pensado en ella.»

La resolución de Napoleon de destronar los borbones de España para sustituirles un príncipe de su propia dinastía, resolución anunciada hasta entonces por mil indicios de los más claros, queda probada materialmente, con fecha del 27 de Marzo, por un documento de una autenticidad irrecusable. En este momento Napoleon no sabía todavía nada de la protesta de Carlos IV; el 30 de Marzo llega á su poder con un despacho de Murat, y el único sentimiento que le inspira, es una aprobación completa y esplicita como nunca de la conducta del gran duque de Berg: «Recibí vuestras cartas, con las del rey de España....» «Habéis hecho bien en no reconocer al príncipe de Asturias. Poned en el Escorial al rey Carlos IV, y tratadlo con el más grande respeto, y declarad que continúa mandando en España hasta tanto que haya yo reconocido la revolución. Supongo que el príncipe de la Paz vendrá por Bayona.» Estas últimas palabras, relacionadas con las instrucciones en las que prescribía á Murat que enviase los príncipes á Burgos, y con un pasaje de otra carta enviada el mismo día á Bessieres, demuestran que Napoleon, sin ordenar precisamente á su lugarteniente que le enviase á Godoy, el rey y la reina, empleando para ello hasta la fuerza, le insinuaba que si era llegado el caso no vacilase en tomar esta atrevida resolución. Dejándole ver que la preveía, le da motivo para suponer que la medida dicha el caso la llevaba de sí: «Proteged el príncipe de la Paz, escribía á Bessiers, no se le envía á Francia más que para salvarle. Acoged con la mayor distinción al rey Carlos IV y á la reina si el gran duque de Berg los dirigía de vuestro lado.»

En fecha, pues, de 27 de Marzo, Napoleon no sólo ordenó y aprobó todo lo que hasta entonces había hecho Murat en España, sino que fué mucho más adelante, puesto que le sugirió lo que no debía